



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Año IV, Nº 16, 31 de enero de 2010



EVANGELIO DE LA SEMANA

Lucas 4, 21-30

En aquel tiempo, después de leer Jesús en la sinagoga un pasaje del libro de Isaías, dijo: *“Hoy mismo, en presencia vuestra, se ha cumplido esa Escritura”*. Todos le daban su aprobación y admiraban la sabiduría de las palabras que salían de su boca.

Y decían: *“¿No es éste el hijo de José?”*

Jesús les dijo: *“Seguro que me diréis aquel refrán: ‘Médico, cúrate a ti mismo.’ Lo que hemos oído que sucedió en Cafarnaún, hazlo aquí, en tu ciudad”*. Y añadió: *“Os aseguro que ningún profeta es aceptado en su tierra. Ciertamente, os digo, había muchas viudas en Israel en tiempo de Elías, cuando el cielo estuvo cerrado tres años y medio y hubo una gran carestía en todo el país. A ninguna de ellas fue enviado Elías, si no es a la viuda de Sarepta en Sidonia. Había muchos leprosos en Israel, en tiempos del profeta Eliseo; sin embargo, ninguno de ellos fue curado sino Naamán, el sirio”*.

Al oírlo, todos en la sinagoga se indignaron. Levantándose, lo sacaron fuera de la ciudad y lo llevaron a un barranco del monte sobre el que estaba edificada la ciudad, con la intención de despeñarlo. Pero él, abriéndose paso entre ellos, se marchó.

ESTA SEMANA:

TESTIMONIO: [“Haití. Señor ¿Por qué tanto dolor?”](#).

CONFIRMAR LA FE: [Jesús, Maestro y Profeta](#).

TESTIMONIO

Haití. Señor ¿Por qué tanto dolor?

Señor Jesús, asistimos en Haití a una catástrofe terrible que nos llena de tristeza y de interrogantes.

Tú comprendes nuestro dolor. Lo comprendes porque eres Dios y porque eres hombre como nosotros, porque también tú lloraste con lágrimas humanas sobre la tumba de un amigo.

Somos nosotros quienes no comprendemos nada.

Una vez más, Señor, se han agolpado en nuestra mente los porqués ante un hecho que nos resulta inexplicable.

¿Es cierto que Dios, tu Padre y nuestro Padre, nos ama y nos quiere felices? ¿Es verdad que él es omnipotente y que tú mismo tienes en tus manos todo el poder de Dios? ¿Por qué entonces el dolor, el sufrimiento, la agonía, la muerte?

Te cercamos con nuestros interrogantes y tú nos desconciertas con tu silencio.

Hay quienes dicen que eres cruel, o, sin más, que no existes, porque si ellos fueran Dios lo harían de otra forma, lo harían mejor que tú...

Tú mismo has querido ir más lejos todavía: has llevado al límite nuestra fe. Porque tú eres la conciencia condenada, el Hijo “abandonado”, el Dios crucificado.

Eres, Señor, nuestra última pregunta.

Pero también tú, y solo tú, resucitado y resucitador de todos, eres nuestra verdadera y definitiva respuesta.



En ti palpamos el misterio insondable que nos permite presagiar en esta noche de la fe la otra cara del sufrimiento: el Amor que todo lo puede, que rompe todos nuestros esquemas y da sentido al absurdo, al escándalo de la cruz.

Hoy, en estos días de la catástrofe, sentimos el peso de tu mano fuerte, llena de ternura. Buscamos tus respuestas justas, llenas de amor y de misericordia.

CONFIRMAR LA FE

Jesús, maestro y profeta.

Es el primer título que le dan a Jesús:

«**Maestro**» («Rabbi» o «Rabboni»). Así le llaman los primeros discípulos: *Maestro ¿dónde moras?* (Jn 1, 38). Así le bautizarán todos admirados de su enseñanza (Mt 7, 28). Incluso los fariseos le daban este título: *¿Por qué vuestro maestro come con los pecadores?* (Mt 9, 11); *¿Por qué vuestro maestro no paga el didracma?* (Mt 17,23); *Maestro, sabemos que has venido de Dios* (Jn 3, 2); *Maestro, sabemos que eres veraz* (Mt 22, 16); *Maestro, ¿cual es el mandato mayor de la ley?* (Mt 9, 16); *Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en adulterio* (Jn 8, 4). Con el título de «**Maestro**» se dirigen a él sus íntimos: *el Maestro está ahí y te llama* (Jn 11,28), dice Marta a María. Y María le llamará *Rabboni* cuando le encuentre resucitado (Jn 20, 16). Así se dirigirán a él casi siempre los apóstoles. *¿Acaso soy yo, Maestro?*, preguntará Judas en la cena (Mt 26, 25); y con un *Ave, Rabbi*, le traicionará (Mt 26, 49). Y Jesús aceptará siempre con normalidad ese título: *No es el discípulo mayor que el maestro* (Mt 10, 24) o cuando les envía a preparar la cena: *El maestro dice: Mi tiempo está próximo, quiero celebrar en tu casa la pascua* (Mt 26, 18).

Reconocerá incluso que ese título le es debido: *Vosotros me llamáis maestro y señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, siendo vuestro*



maestro... (Jn 13, 13). *Ved cómo los fariseos gustan de ser llamados Rabbi por los hombres. Vosotros no os hagáis llamar Rabbi, porque uno solo es vuestro Maestro; no os hagáis llamar doctores, porque uno solo es vuestro doctor, el Mesías* (Mt 23, 7). Queda claro que Jesús no sólo acepta ese título, sino que lo hace exclusivo suyo.

Pero el pueblo comprende pronto que el título de «**Maestro**» es insuficiente para Jesús: *Hoy hemos visto cosas extrañas* (Lc 5, 25), dicen al principio. Y enseguida comentan: *Un gran profeta ha salido entre nosotros. Y se extendió esta opinión sobre él por toda la Judea y por toda la comarca.* (Lc 7, 14). La samaritana se queda impresionada de cómo Jesús la conoce y dice: *Señor, veo que eres un profeta* (Jn 16, 19). Y los dos discípulos que caminan hacia Emmaus dirán al peregrino: *¿Tú eres el único que vive en Jerusalén y no sabes lo que ha pasado aquí estos días? Lo de Jesús Nazareno, que llegó a ser profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y todo el pueblo* (Lc 24, 18). En la entrada en Jerusalén oímos a la gente *aclamar a Jesús, el profeta* (Mt 21, 10) y mezclar esta exclamación con la de *Hijo de David*. Tras la multiplicación de los panes de la multitud exclama: *Este es el profeta que ha de venir al mundo* (Jn 6, 14). Y, en la fiesta de los Tabernáculos, algunos decían: *Este es realmente el profeta* (Jn 7, 40).

¿Aceptó Jesús el título de profeta que las gentes le daban? No está claro: Jesús explica la incredulidad de sus paisanos de Nazaret diciendo que *ningún profeta es reconocido en su patria* (Mc 13, 57) y más tarde comenta con sus discípulos que *no conviene que un profeta muera fuera de Jerusalén* (Lc 13, 33). A pesar de lo cual, en ningún momento afirma taxativamente que Él sea profeta. Tiene, como ellos, la misión de transmitir la palabra divina y de enseñar a los hombres a percibir el alcance divino de los acontecimientos. Pero el modo de realizar su misión es muy distinto: los profetas reciben de fuera la palabra de Dios. Jesús, en cambio, habla siempre en su propio nombre. Transmite, sí, lo que ha oído a su Padre, pero lo trasmite como cosa propia: *«Pero yo os digo...»*. En realidad es profeta, pero mucho más que un profeta. Morirá como ellos *a causa de su testimonio* (Mt 23, 37), pero su muerte no es sólo un testimonio de fidelidad, sino la salvación para todos los que crean en Él.